

Me anunciaron en los periódicos. Dijeron “el futuro ha llegado”, “otro logro para la raza humana”. El cielo estaba gris. Caí en manos de un burgués adinerado que me llevó a Madrid. El viaje fue largo. Solo llegué a ver el interior de su maleta y las caras de la gente a la que este orgulloso señor me mostraba. Decían “usted sí que es afortunado” “qué innovación” y yo pensaba “¿veré alguna vez algo más que un retrato”.

La creciente ciudad estaba llena de personas. Algunos eran flacos, otros gordos; había pocas personas curiosas. Recuerdo cómo un día llegué a visitar un mercado de frutas. Había más colores que los que había visto en toda mi vida y quise tanto llevármelos todos. Pero pasaba rápido, rebotando en su pecho, tratando de liberarme del cordel que, atado a mí, me obligaba a permanecer con él. “Incoherentes animales”, pensaba, “hablando, buscando e idolatrando la belleza que después ignoran obsesionados por la idea de tener que encontrarla en ellos”.

Mi vida se vio durante esos primeros años reducida a encuadrar y capturar la evolución de Madrid. Los nuevos edificios, los carros más sorprendentes, los parques repletos de gente en traje y sonriendo para mí. Como si eso fuera a serles de alguna ayuda. Yo quería salvarles, quería decirles “salid de aquí antes de que dejéis de ver lo que yo veo”, y cogerles de la mano y llevarles a trepar árboles para que pudieran verlo todo.

Un día el cordel que me sometía a este hombre rico y ambicioso se rompió y caí al suelo. Si hay alguien ahí que lo permitiera, le doy las gracias. Me encontró una chica con un sombrero espléndido y unas manos muy finas. Fueron los años que siguieron a esto aquellos en los que vi más cosas que las que muchas personas creen haber visto. La llamé Flor y nuestra relación se convirtió en una constante búsqueda de la bella que ambas ansiábamos. Mi disparador se adaptó a su dedo, y la curvatura de su mano se adaptó a mí. Y tomamos tantas fotografías. A veces ella me decía “tengo que dejarte si quiero vivir” y yo pensaba “si no estamos viviendo entonces qué hacemos”. Un día Flor trajo a una amiga suya a casa, y desde ese día la trajo todos los días. Flor ideaba, su amiga estaba y yo tomaba y capturaba. Nos convertimos en un gran equipo. Pero llegó un momento en el que la amiga dejó de estar y empezó a posar. Y entonces la belleza que buscábamos dejó de ser la de los colores de las frutas y empezó a ser artificial. Empezamos a buscar de lo que yo había intentado huir antes. Durante ese tiempo visitábamos mucho más Madrid, que iba sustituyendo las casas de campo por bancos y escuelas; y empezábamos a caer en los encuadres preestablecidos, los colores forzados, el ansia de crear recuerdos.

Empecé a intentar salvarnos, sacaba defectos, me volvía sensible a la luz, trataba de atascar el negativo. No sé si fue porque ella se dio cuenta de lo mismo que yo sola o por todos mis esfuerzos para acabar con lo que teníamos entonces, pero un día me encontré en un banco con vistas al mercado, a ese mercado colorido de frutas, sola; rodeada de personas, de esas personas que por momentos dejaban de serlo, cada vez más; pero sola. Pude ver los colores, pude ver los olores, pude ver la vida de todo eso y la muerte de la ciudad creciente. Pero a la vez vi solo frutas, solo unas piernas que, indecisas, trataban de avanzar por la multitud; un cielo, un edificio, un vendedor, una humanidad. No veía más, pero veía mejor y lo veía todo.

Y pensaba “para ser una de las primeras, creo que he hecho suficiente” y quería poder capturar todo eso, segura de que era imposible corromperlo, porque esa era la belleza, porque tenía miedo de cómo Madrid iba a morir, de cómo sus habitantes iban a morir si no lo hacía.

Una señora se sentó en el banco y su bolsa me arrojó al suelo. Hablaba de irse a hacerse un retrato. “La ciudad podrá con ellos”, pensé, “pero qué bellos son estos colores”.